

rencez á M. Ernesto Louet, á propósito del famoso Márquez:

«Orizaba, 21 de junio de 1862.

Señor pagador:

He hecho preguntar á vd. si se encuentra en posibilidad de suministrarme 4,000 pesos. No se trata aquí de agradar ó desagradar á personas que pudieran no ser simpáticas para vd. Le ruego que ponga á un lado toda cuestión personal, como lo hago yo mismo. Se trata de pagar á la parte del ejército de Márquez encargada de proteger nuestro convoy; y me limito á decirle que, si no puede procurarme esos 4,000 pesos, la existencia del ejército podrá verse comprometida.

Reciba vd. . . . etc.—*General conde de Lorencez.*»

Por fin se logró vencer esas dificultades, dando cada cual el ejemplo de la abnegación y del deber.

Más libre en sus movimientos el general Lorencez escalonó sus tropas en Córdoba, en el Chiquihuite, en la Soledad y en Veracruz, para asegurar los convoyes. Luego, confiado en el valor de sus soldados que no se desmentía, á despecho de privaciones, de las tristezas de la situación y de lo insalubre del clima, esperó noticias de Europa.

CAPITULO V

Emoción que se experimenta en Francia al recibirse las noticias de México.—El Emperador al general Lorencez.—Carta confidencial del Ministro de la Guerra.—El general Forey, comandante en jefe del cuerpo expedicionario.—Orden del día del 20 de octubre de 1862.—Partida del general Lorencez.—Saudades del ejército.—Disolución del gobierno provisional del general Almonte.—Proclama del general Forey.—Instrucciones secretas dadas por el Emperador al nuevo comandante en jefe.—Línea política.—Establecimiento de un gobierno duradero.—República ó monarquía.

Cuando se supo el fracaso de las tropas francesas ante Puebla, la admiración fué considerable en Europa y la emoción profunda en Francia. Sin reflexionar en el pequeño número de nuestros soldados ni en las dificultades de toda clase con que habría de tropezar una expedición tan lejana, todos se sentían estupefactos al encontrar semejante resistencia en un pueblo que se consideraba, no sin complacencia, sin fuerza y sin ejército, una especie de conjunto de tribus, sin cohesión, más bien que una nación organizada. Más adelante, se han repetido para Europa las sorpresas de este género, de tal suerte, que ya está un poco acostumbrada á la idea de que existen hombres por todas partes, lo mismo en

Tonkín que en Massaouah, en Kartoum, como en Zanzíbar.

Francia que, por lo que respecta á la gran mayoría de sus habitantes, había visto con pena cómo el gobierno imperial se lanzaba en una aventura no sólo peligrosa, sino, en concepto de esa gran mayoría, poco justificada, Francia se estremeció como un solo hombre; y, viendo comprometido el honor nacional y que era necesario para su fama vengar el fracaso sufrido por su bandera, no regateó ni hombres ni dinero.

No faltaron en el Cuerpo Legislativo y en la prensa voces discordantes; pero el atribuir las á profunda perspicacia, sería sencillamente ingenuo: aquellos que hablaron contra la extensión dada á la expedición y cuyos discursos sirvieron sobre todo para avivar la resistencia de nuestros enemigos, no lo hicieron porque fuesen más clarividentes, sino, en puridad, porque eran opositores. La prueba de ello es manifiesta: habiendo cambiado las posiciones veinte años más tarde, los papeles cambiaron á su vez.

El Emperador había resuelto elevar á treinta mil hombres el efectivo del cuerpo expedicionario. El general Lorencez, recién promovido al grado de general de división, no podía recibir el mando en jefe del nuevo ejército. Además, no estaban contentos con él en París; se le censuraba, sobre todo, por su animosidad contra M. Dubois de Saligny, cuya influencia seguía siendo preponderante á pesar del aspecto malo que tomaran los acontecimientos y á pesar de que los

hechos hubieran dado un patente mentis á sus optimistas previsiones.

Deseoso de conservar el prestigio del comandante á los ojos de sus soldados, el Emperador dirigió al general Lorencez una carta que se insertó en la orden del día del cuerpo expedicionario:

«París, 15 de junio de 1862.

Mi querido general:

«Supe con placer el brillante hecho de armas de las Cumbres y con pena la falta de éxito del ataque dirigido contra Puebla.

«Es ley de la guerra el ver que algunos reveses oscurezcan á los triunfos deslumbradores; más no por esto perdáis vuestro valor: el honor del país se encuentra comprometido y se os sostendrá con todos los refuerzos necesarios.

«Expresad á las tropas que se encuentran á vuestras órdenes, toda mi satisfacción por su valor y por su perseverancia para soportar las fatigas y las privaciones; mientras más lejos se encuentran, más solícito me intereso por ellas.

«He aprobado vuestra conducta, aunque parece que no todo el mundo la ha comprendido.

«Habéis hecho bien, protegiendo al general Almonte: hallándonos en guerra con el actual gobierno de México, todos los que quieran refugiarse al amparo de nuestra bandera, tendrán igual derecho á nuestra protección; pero ella no debe ejercer influencia alguna en nuestra política futura. Imponer un gobierno cualquiera al pueblo

mexicano, sería contrario á mis intereses, mi origen y mis principios.

“Que escoja con toda libertad la forma que le convenga. Yo no le pido sino sinceridad en sus relaciones exteriores y no deseo más que una cosa: la felicidad y la independencia de ese bello país, bajo un gobierno regular y estable.

“Sin más, os renuevo la seguridad de mis sentimientos.

NAPOLEÓN.

Pero junto con esta carta, destinada á la publicidad, el correo llevaba otra, harto diferente, del Ministro de la Guerra:

«Mi querido general:

Recibo en este momento una orden del Emperador, que me impone la obligación de dirigiros, las observaciones siguientes:

El Emperador admira el valor desplegado por los soldados en el ataque contra Puebla; pero Su Majestad no ha encontrado oportuno ese ataque. La artillería no debió ponerse en batería contra fortificaciones situadas á la distancia de 2,500 metros.

El Emperador os recomienda que conservéis buenas relaciones con M. de Saligny, que es su representante en México, así como con el señor general Almonte y demás jefes mexicanos que acudan á nosotros.

El general Forey tomará pronto el mando general: mientras tanto, no hagáis otra cosa más que organizar la resistencia y aprovisionaros.

El correo va á partir y ya no tengo tiempo sino para renovaros, mi querido general, las seguridades de mi afecto.

MARISCAL RANDON.»

Al mismo tiempo, se llamó al coronel Letellier-Valazé, jefe de estado mayor, que se mostraba particularmente agresivo contra nuestro ministro plenipotenciario, circunstancia que pudo muy bien resucitar el recuerdo de los ataques que dirigiera en otro tiempo, y cuando era edecán del general Changarnier, al Príncipe Presidente.

El general Lorencez se mostró muy ofendido con esos procedimientos y con esos reproches y también no poco herido por las correspondencias que reproducían los periódicos de Francia, en las cuales se criticaba violentamente su conducta: persuadido, con razón ó sin ella, que la principal de estas correspondencias, al mismo tiempo que la más hostil procedía del general Félix Douay, que llegara de Francia el 16 de mayo, para desempeñar las funciones de segundo comandante, no creyó deber desistir de la solicitud que había hecho de regresar á Francia en cuanto llegara el general en jefe.

Rehusó el mando de una división que se le había reservado en los cuadros del nuevo cuerpo de ejército. Tenía prisa de comparecer ante el Emperador para justificarse y, sobre todo, para combatir la influencia de M. Dubois de Saligny.

Su efectiva bravura, la dignidad de su carácter

ter y sus virtudes militares le habían hecho merecedor de las simpatías de todo el ejército. Su antagonismo con nuestro ministro y su resolución de no dejarse dominar por él, no habían hecho más que aumentar esas simpatías. Aprovechó el derecho que le asistía de dirigir la palabra á las tropas que iba á abandonar, para expresar libremente su amargura:

“Soldados y marinos:

“El Emperador ha decidido que el cuerpo expedicionario de México se eleve á 25,000 hombres, cuyo mando ha confiado al señor general Forey, caballero gran cruz de la Legión de Honor y Senador.

“Soldados y marinos: Os digo adiós. Mientras viva, pensaré con orgullo en los días de peligro y de gloria que hemos vivido, cuando os mandaba en jefe. Llegará el día en que la historia refiera cómo, después de la retirada de los ingleses y de los españoles y de la defección de los jefes de la parte de la nación mexicana que solicitara la intervención francesa, un pequeño cuerpo de ejército de seis mil hombres supo mantenerse, intrépido y fiero, en el corazón de un Estado inmenso y á 2,500 leguas de su patria. La historia dirá que un ejército francés parece haber venido á México para ofrecer al nuevo mundo el espectáculo de todos los valores y de todas las virtudes guerreras.

“Ya el desprecio público ha hecho obra de justicia con la bajeza de nuestros detractores. No

pasará mucho tiempo, creedlo, sin que se desemmascaren las mentiras impudentes y sin que el ejército de México reciba satisfacción completa.

“Dentro de poco, cuando yo llegue al suelo de la patria, todos acudirán á pedirme noticias vuestras: yo responderé que se preparen á recibiros bien y á honraros á vuestro regreso, porque, en México, lo mismo que en Crimea, que en Italia y que en Africa, habéis sido los soldados valientes y los dignos hijos de Francia.

“Adiós, soldados y marinos: mis votos irán siempre con vosotros y vuestro recuerdo vivirá siempre en mi corazón.

“El General de División.—CONDE DE LORENCEZ.—Orizaba, 20 de octubre de 1862.”

El 25 de octubre, entregó el mando al general Forey; y, al partir, el 10 de noviembre, fué objeto de una conmovedora manifestación: la mayor parte de los oficiales del ejército se empeñó en acompañarle á caballo hasta dos leguas de la población.

El nuevo comandante había llegado á Veracruz desde hacía ya varios meses. Desembarcó á fines de julio; pero fuera que no considerara suficientemente seguras las comunicaciones con Orizaba, fuera que tuviese empeño en vigilar por sí mismo el desembarco de las tropas y del material de refuerzo, permaneció en ese puerto, é hizo que allí permanecieran las tropas, hasta que reunió cantidad suficiente de viveres y medios numerosos de transporte. Nadie parecía preocu-

parse de los destrozos que el clima causaba entre los recién llegados. Se perdió además, de esa suerte, un tiempo precioso. Pero se obedecía de ese modo á una inclinación muy natural en el espíritu humano: después de una campaña audaz y aventurada hasta la locura, venía ahora la excesiva prudencia.

El primer acto político del general Forey consistió en desconocer públicamente el gobierno que se había constituido sin el concurso de la nación. Invitó al general Almonte á disolver el ministerio de que se había rodeado, á abstenerse de promulgar leyes ni decretos y á abstenerse de usar el título de jefe supremo de la nación, con que se había investido á sí mismo. Esta medida mereció general aprobación, tanto en México como en Europa.

Después dirigió al pueblo mexicano la siguiente proclama:

“Mexicanos: Al confiarme el Emperador Napoleón el mando del nuevo ejército que muy pronto se me reunirá, me encargó que os haga conocer sus verdaderas intenciones.

“Cuando hace algunos meses España, Inglaterra y Francia, experimentando las mismas necesidades, se vieron conducidas á reunirse por un mismo motivo, el gobierno del Emperador no mandó á México sino un pequeño número de soldados, dejando á la nación más ultrajada la dirección principal para exigir la reparación de los agravios comunes. Pero por una fatalidad difícil de prever, los papeles se han invertido, y Fran-

cia ha quedado sola para defender lo que creía ser el interés de todos. Esta nueva situación no la hace retroceder. Convencida de la justicia de sus reclamaciones, fortalecida con sus intenciones favorables á la regeneración de México, ha perseverado y persevera más que nunca en el objeto que se ha propuesto.

“No es al pueblo mexicano á quien vengo á hacer la guerra, sino á un puñado de hombres sin escrúpulos y sin conciencia, que han pisoteado el derecho de gentes gobernando por medio del terror más sanguinario y que para sostenerse no han tenido vergüenza de vender á pedazos, al extranjero, el territorio de su país.

“Se ha tratado de excitar contra nosotros el sentimiento nacional pretendiendo haceros creer que venimos á imponer al país un gobierno á nuestro antojo; lejos de eso, luego que el pueblo mexicano sea manumitido por nuestras armas, elegiré libremente el gobierno que le convenga: *traigo expreso mandato de declarároslo así.*

“Los hombres de ánimo fuerte que han venido á reunirse á nosotros, merecen nuestra especial protección; mas en nombre del Emperador llamo, sin distinción de partidos, á todos los que quieran la independencia de su patria y la integridad de su territorio. No entra en la política de Francia mezclarse por un interés personal en las disensiones intestinas de las naciones extranjeras; pero cuando por legítimas razones se ve obligada á intervenir, lo hace siempre en el interés del país en que ejerce su acción.

"Recordad, mexicanos, que donde quiera que ondea su bandera, en América lo mismo que en Europa, representa la causa de los pueblos y de la civilización.

Veracruz, septiembre 24 de 1862.

El general de división, senador, comandante en jefe del Cuerpo expedicionario de México.—*Forey.*"

¿Cuáles eran ahora los proyectos del nuevo comandante en jefe y qué instrucciones había recibido de su gobierno? Sus dos predecesores, el almirante Jurien de la Graviere y el general Lorencez, habían sido desautorizados: el general Forey debería, pues, de proceder de manera distinta.

Antes de su partida, el Emperador, desde Fontainebleau, le había enviado una nota fechada el 3 de julio de 1862, en la que se contenía la expresión de su pensamiento.

"No forma parte de mis costumbres—decía el Emperador—el recordar los acontecimientos pasados para criticar aquello que no ha tenido éxito.

"Si comienzo por hacer alusión á ellos, es porque el ejemplo de las faltas cometidas impedirá que en lo futuro se reincida en ellas y porque tengo derecho y aun deber de distribuir, según mi convicción, la censura ó el elogio.

"Como M. Saligny es el único que conoce bien el país y que se encuentra al corriente de los cargos que hay que formular, es importante, y

aun indispensable, que el general en jefe entre en íntimas relaciones con él y aproveche sus opiniones y su experiencia En efecto: todo se ha comprometido en México, desde el principio, por simples tiroteos y querellas de amor propio. No quiero que se repitan, porque son muy perjudiciales para el éxito de los mayores proyectos. La respuesta, que me abstengo de calificar, del general Lorencez, á la insolente notificación de Zaragoza, ha producido efecto deplorable, lo mismo que el que el enemigo se enterara de las disensiones surgidas entre el Estado Mayor (cuyo jefe lo era el señor coronel Valazé), M. de Saligny y el general Almonte.

"He aquí ahora la línea de conducta que deberá seguir el general en jefe:

1.—Lanzar, á su llegada, una proclama, cuyas principales ideas se le indicarán;

2.—Acoger con la mayor benevolencia al general Almonte y á todos los mexicanos que se le ofrezcan;

3.—No hacerse solidario de ningún partido. Declarar que todo es provisional, mientras la nación mexicana no resuelva. Mostrar gran deferencia por la religión; pero tranquilizar, al mismo tiempo, á los detentadores de bienes nacionales;

4.—Alimentar, armar y pagar, según los medios, á las tropas mexicanas auxiliares: hacerlas desempeñar el papel principal en los combates;

5.—Mantener, tanto entre nuestras tropas como entre las auxiliares, la más severa disciplina. Reprimir rigurosamente todo acto, toda expresión

hirientes para los mexicanos, cuyo carácter es preciso no olvidar; pues importa al éxito de la empresa, ganar, antes de todo, el ánimo de las poblaciones.

“Una vez llegado á México, *es de desearse* que el general Almonte y las personas notables de todos los matices, que hayan abrazado nuestra causa, convoquen, de acuerdo con las leyes mexicanas, una asamblea que decida acerca de la forma de gobierno y acerca de los destinos de México.

“Ayudará al nuevo gobierno á introducir en la administración y, sobre todo, en las finanzas, esa regularidad de que ofrece Francia el mejor de los modelos. Con ese objeto, se enviarán al Gobierno mexicano hombres capaces de secundarle en su nueva organización.

“El objeto que se trata de obtener no consiste en imponer á los mexicanos una forma de gobierno que le sea antipática, sino el de secundarles en sus esfuerzos para establecer, conforme á su voluntad, un gobierno que tenga probabilidades de ser estable y de poder garantizar á Francia la satisfacción de las ofensas de que se queja.

“No hay para qué añadir que si los mexicanos prefieren una monarquía, entra en los intereses de Francia el apoyarles; y en este caso, el general podrá postular al archiduque Maximiliano como candidato de Francia.

“No faltarán quienes os pregunten por qué vamos á gastar hombres y dinero para sentar á un príncipe austriaco en un tropo.

“En el actual estado de la civilización del mundo, la prosperidad de América no puede ser indiferente para Europa, porque ella alimenta nuestra industria y da vida á nuestro comercio. Estamos interesados en que la República de los Estados Unidos prospere y sea poderosa; pero estamos distantes de tenerlo en que se apodere de todo el golfo de México y se convierta en la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Dueña de México y, por consiguiente, de la América Central y del paso entre ambos mares, no habría, en lo sucesivo, en América, más potencia que los Estados Unidos.

“Si, por el contrario, México conquista su independencia y mantiene la integridad de su territorio; si allí se constituye un gobierno estable, por las armas francesas, habremos opuesto infranqueable dique á la expansión de los Estados Unidos, habremos mantenido la independencia de nuestras colonias y de las colonias españolas de las Antillas, habremos establecido nuestra bienhechora influencia en el centro de América y esta influencia irradiará tanto al norte como al sur, creará inmensas salidas á nuestro comercio y procurará á nuestra industria las materias necesarias.

“En cuanto al príncipe que podría ascender al trono de México, se verá siempre precisado á proceder de conformidad con los intereses de Francia, no sólo por gratitud, sino también porque los de su nuevo país estarán de acuerdo con

los nuestros y porque no podrá siquiera sostenerse sin el apoyo de nuestra influencia.

“Así, pues, hoy día, nuestro honor militar comprometido, la exigencia de nuestra política, el interés de nuestra industria y de nuestro comercio, todo nos obliga á marchar hacia México, á plantar allí nuestra bandera atrevidamente, y á establecer allí una monarquía, siempre que no sea incompatible con el sentimiento nacional, ó por lo menos, un gobierno que ofrezca alguna estabilidad.

“Desde el punto de vista militar, no tengo necesidad de recordar al general en jefe que, mientras más remota es una expedición, más debe procurarse conducirla con bien calculada mezcla de audacia y de prudencia: es decir que, por donde quiera que no haya que luchar contra obstáculos materiales, pueden aventurarse los golpes de mano y que, por el contrario, doquiera que se encuentran fortificaciones, debe procederse con la mayor circunspección. Lo que censuro absolutamente en el pasado asunto de Puebla, es el haber disparado mil cañonazos en tal posición y á tal distancia, que tenían que quedarse sin efecto.

“La gloria de un general no consiste sólo en el éxito, sino en los medios que ha empleado para conseguirlo. Mientras más cuida de la vida de sus soldados, mientras más obvie los obstáculos en lugar de atacarlos de frente, mientras sepa mejor en sus maniobras, dividir las fuerzas del enemigo y acrecer, por tal medio, sus propias probabilidades, de mayores cualidades dará prueba,

y en mayor grado justificará la confianza en él depositada.

“Recomiendo al general en jefe que no tenga sino una línea de operaciones. Si cree útil desembarazar la vía de Jalapa, yo no lo haría en su lugar, sino después de haber llegado á Puebla. Porque entonces, dueño de Veracruz, de Orizaba y de Puebla, yo me establecería en esta última ciudad y desde allí enviaría una columna sobre Jalapa, lo que abriría entonces los dos grandes caminos que conducen á Veracruz.

“Sin embargo, si según informes, esta columna corriese peligro de ser detenida por el fuerte de Perote, habría que guardarse de intentar una expedición inútil y abandonar el camino de Jalapa, que más tarde se abriría por ella misma.

“Para apoderarse de Puebla, estimo perfectamente inútil el sitio de Guadalupe y de Loreto, porque el ataque por el Carmen ha tenido siempre éxito en las guerras civiles y porque un ataque de barricadas será mucho menos mortífero que el sitio de las colinas mencionadas. En todo caso, aún en este ataque, no serán inútiles algunos trabajos de sitio, así como el empleo de gabiones rellenos, que puede poner á las tropas más expuestas, por lo menos, al abrigo de la fusilería.

“Una vez que Puebla se encuentre en nuestro poder, debe esta ciudad convertirse en nuestro gran depósito, así como en el centro de los aprovisionamientos y lugar donde se coloquen los hospitales. Sería esencial establecer un ferrocarril

de Veracruz hasta el pie de las montañas y me he dirigido ya al cónsul de Francia en Nueva York, para saber en qué condiciones podría establecerlo un empresario americano. . . .”

Y al día siguiente, 4 de julio, el Emperador completaba sus instrucciones:

“Es preciso que vuestros actos estén de acuerdo con los principios que consignéis en vuestra proclama. Ahora bien: yo he declarado querer que el pueblo mexicano escoja su gobierno; pero ¿cómo podría esta declaración compadecerse con los decretos de Almonte que se ha instituido jefe supremo de la nación? Por otra parte, sé que hay en Veracruz un gobierno nombrado por Almonte. . . .”

“Todo esto es causa de debilidad y de anarquía. Por todas partes donde ondee nuestra bandera, debéis ser amo absoluto. . . .”

Se vió ya cómo el general Forey ejecutó esta parte de las instrucciones, desautorizando el gobierno de Almonte en la misma Veracruz, antes de tomar de manos del general Lorencez el mando en jefe.

La medida era prudente, indispensable. Flagrante contradicción hubiera sido la de decir a los mexicanos: escoged vuestro gobierno; y, al mismo tiempo que se combatía á Juárez, imponer á Almonte.

La mayor dificultad no venía, pues, de allí, sino del hecho de que se sostuviera á M. Dubois de Saligny. Este, por extraordinario concurso de fe-

lices circunstancias, había visto su favor crecer, al mismo tiempo que los jefes militares caían en desgracia. Ninguno de sus anuncios se había realizado y sin embargo seguía siendo considerado en las Tullerías, como el hombre de la situación, como el único consejero ilustrado, como el único cuyas inspiraciones fueran dignas de seguirse.

Lo demuestran las siguientes palabras del Emperador al general Forey: “Ignoro si el carácter privado de M. Saligny deja algo que desear; ignoro cuales sean las intemperancias de lenguaje que puedan reprochársele; pero sé, y lo declaro muy alto, que, desde el principio de la expedición de México, sus despachos han venido siempre impregnados de buen sentido, de firmeza y de interés por la dignidad de Francia y no dudo de que, si se hubiesen seguido sus opiniones, nuestro pabellón ondearía ya en México. Se dice que ha engañado al gobierno acerca del verdadero estado de las cosas en México; me complazco en reconocer que, por el contrario, siempre me ha dicho la verdad. . . .”

Y el Emperador, por medio de una serie de especiosos razonamientos que aparentemente le sugiriera nuestro propio ministro, cuando no sus poderosos protectores, trataba de probar que el único culpable era el general Lorencez, cuya bravura no desconocía, pero cuya habilidad y aún cuya capacidad negaba. Sostenía á M. Dubois de Saligny al lado del general Forey, “en la posición de un jefe de misión cuyos poderes estuvie-

sen subordinados momentáneamente á los de un embajador extraordinario" (1).

¡Fatales ilusiones, subsistentes á pesar de todo! M. Dubois de Saligny, cuyo principal peligro consistía en hallarse convencido de que procedía bien, M. Dubois de Saligny que, con toda buena fé, pero también con absoluta ceguedad se lanzara, detrás de M. de Gabriac, por un sendero funesto para Francia, perseveraba en él, con energía tanto mayor, cuanto que cada vez creía ser más grato al Emperador, de quien recibía estímulo. Siguió siendo el hombre preponderante en los consejos del nuevo general en jefe. La verdad no habría de abrirse paso sino más tarde ¡muy tarde!

(1) Extracto de la carta de 1.º de noviembre de 1862.

CAPITULO VI

Hechos bélicos.—Expedición á Jalapa, Tehuacán y Tampico (diciembre).—El 22 de febrero de 1863, Forey sale de Orizaba y marcha hacia Puebla.—Composición del cuerpo expedicionario.—Asedio de Puebla (16 de marzo). Proclama de Juárez.—Sitio de Puebla.—El general Bazaine.—Combate de San Lorenzo.—Rendición de la plaza (17 de mayo).—Carta de González Ortega al general Forey.—Solemne entrada de los franceses (19 de mayo.)

Los refuerzos que se anunciaron de Europa, llegaron poco á poco. El general Forey, que se había establecido en Orizaba desde el 20 de octubre, pensó en comenzar las operaciones militares.

No fué del dictamen del Emperador y creyó que le era preciso desembarazarse por los dos lados, antes de penetrar al interior.

Por una parte, encargó al general Bertier que se dirigiera hacia Jalapa y que desembarazase esa segunda via de comunicación con Veracruz, lo que se ejecutó rápida y felizmente; por otra parte, lanzó una columna, compuesta del 1.º regimiento de zuavos, de una batería de artillería y de dos escuadrones de cazadores de Africa, á las órdenes del coronel Brincourt, para que fuese, con el intendente y el pagador en jefe, á Tehuacán, á hacerse de vituallas.